

MICHEL QUOIST

**ORACIONES
PARA REZAR POR
LA CALLE**

SEXAGESIMOCUARTA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2024

Tradujeron José Luis Martín Descalzo y Ramón María Sans Vila
sobre el original francés *Prières*

Imágenes de cubierta: Alexéi Jawlensky, *Paisaje a la luz de la
luna*, 1916 (portada) y *Amanecer*, 1914 (guardas)

© Les Éditions Ouvrières, Paris 1954

© Ediciones Sígueme S.A.U., 1961

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigume.es

ISBN: 978-84-301-2193-9

Depósito legal: S. 1555-2007

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Prólogo</i> , por José Luis Martín Descalzo	9
------------------------------------------------------	---

SI SUPIÉRAMOS ESCUCHAR A DIOS...

Amo a los niños	21
Mi mejor invento es mi Madre	24
Despiértate ya, hijo mío, por favor	27

SI SUPIÉRAMOS CONTEMPLAR LA VIDA...

Me gustaría levantarme en vuelo	35
---------------------------------------	----

... TODA LA VIDA NOS HABLARÍA DE ÉL

El teléfono	41
Pizarras verdes	42
La tela metálica	43
El pisotón	44
La cinta de goma de la bici	45
Mi amigo	46
El ladrillo	47
El niño	48
Carteles	49
El metro	50
El columpio	51
La puerta	52

... TODA LA VIDA SERÍA UNA ORACIÓN

Oración ante un billete	55
La revista pornográfica	58
El tractor	62
El entierro	64
El mar	67
La mirada	69

Amar: oración del adolescente	72
Marcelo estaba solo	75
El delincuente	78
Gracias	81
El sacerdote: oración del domingo por la tarde	84
La palabra	88
Este rostro, Señor, me desconcierta	91
El hambre	95
La vivienda	98
El hospital	101
En medio de la calle	104
El bar	107
Esclavos	110
Soltad a Fulano	114
La calva	118
Fútbol nocturno	121
Tengo tiempo	124
No hay más que dos amores	127
Todo	131

ETAPAS DEL ENCUENTRO DE CRISTO CON LOS HOMBRES

Señor, líbrame de mí mismo	137
Señor, ¿por qué me has pedido que ame?	140
Ayúdame a decir «sí»	144
Nada, nada, yo no soy nada	148
Señor, estoy aterrado	151
La tentación	154
Pecado	157
Es de noche	161
Tú me has cautivado	164
Ante ti, Señor	167

ORACIONES PARA REZAR POR EL CAMINO DE LA CRUZ

Vía crucis para rezar por la calle	171
------------------------------------------	-----

<i>Epilogo</i> , por Ramón M. Sans Vila	189
-----------------------------------------------	-----

PRÓLOGO

JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO

Oración: una palabra desprestigiada

A la hora de traducir este libro de Michel Quoist ha habido para nosotros una palabra rebelde, una a la que hemos dado vueltas y vueltas. Me refiero precisamente a la que sirve de título a la edición francesa de la obra: *Prières*.

¿Oraciones? ¿Plegarias? Sí, cualquiera de las dos traducciones habría servido, pero... Nos imaginábamos este pequeño volumen ya en los escaparates: perdido entre novelas de títulos brillantes y libros de memorias. Veíamos la portada y sobre ella una sola palabra: «Oraciones».

Imaginarse al hombre de la calle parado ante este escaparate era cosa también fácil. ¿Qué pensaría de esta extraña palabra perdida entre colorines y colorines que gritan como la vida?

Y es que entre nosotros oración es una palabra abiertamente desprestigiada. O quizá mejor: arrinconada. El hombre de la calle, viéndola campear en la portada de un libro, seguramente sentiría una difícil sensación, como si este libro hubiera sido algo raro metido entre los otros, cual si estuviera aislado por una campana neumática y un globo de aire destilado lo rodease.

El cristiano medio sabe, al parecer, rezar muy bien a «las horas de rezar», pero sabe también perfectamente decir a las demás horas que «ahora no estamos en misa» y reservar su capacidad religiosa para «mejores momentos».

Por eso vacilábamos a la hora de traducir este título. Teníamos que decirle a nuestro hombre del escaparate que este libro era para él, que este libro no era un pedazo de iglesia injertado en una librería, sino sencillamente una librería y una calle vistas con ojos cristianos.

Pero ¿acaso unos ojos cristianos tienen algo que hacer en plena calle o en los últimos rincones de la vida? En la mente del hombre de hoy surge siempre esta vieja tentación: la más antigua y peligrosa de todas, la maniquea. Hemos ido creándonos un cristianismo celeste, sintiendo temor del mundo y pensando que el único modo de que no se nos manchase la religión era aislándola de todo contacto con la realidad. Lo del viejo cuento de las manzanas: las buenas en un frutero, aparte, no fuesen a contagiarse de las malas.

El resultado estaba siendo en muchos casos una religión sin nervio y una vida sin alma. Numerosos cristianos se trasladaban cada semana durante unos treinta minutos a un viejo siglo arrancado a la Edad Media y luego, a la salida, se «cepillaban» esta antigüedad y... «vivían». Dentro hablaban un lenguaje «embalsamado»; fuera, un lenguaje «laico».

Para muchas almas el problema se agrandó cuando la vida religiosa se les «embalsamó» también y comenzaron a construirse una oración «sin Dios» y unas misas «sin Cristo». Dios en el fondo estaba tan ausente de sus veinticinco minutos como de las veintitrés horas y treinta y cinco restantes. Era ya una «religiosidad laica». El padre Arrizabalaga escribió con acierto que muchos iban a misa por la misma razón que a los cadáveres sigue creciéndoles la barba: por inercia vital. Muchos de los que rezaban estaban ya muertos cuando iban a misa. Visto desde fuera, seguían pareciendo vivos, pero el alma cristiana se encontraba ya lejos de ellos. Rezaban en la más aterradora ausencia de Dios.

Dios está vivo

Por eso la primera tarea de los cristianos conscientes de hoy es meter a Dios en la oración de sus hermanos. Y, como Dios está vivo, meter la vida en toda oración cristiana. Conseguir que esta palabra «oración» no siga sonando en nuestros oídos como una palabra vieja: «centauro», «sirena» o «magüer». Meterla en la vida, en este siglo en el que vivimos. Rezar por la calle. Llevar la oración a la vida, llevar la vida a la oración, exactamente.

Llevar la oración a la vida no es, naturalmente, caminar por ella con los ojos cerrados. Ya sabéis lo de Teresita de Lisieux: quiso un día, de chiquilla, mortificar la vista y se decidió a caminar a ciegas. El resultado fue muy simple: un cesto de manzanas rodando por el suelo. Santa Teresita aprendió la lección: un santo de ojos cerrados sólo consigue fastidiar al prójimo, santamente, claro. Se trata de ir por la vida con los ojos abiertos, con los ojos cristianos.

Llevar la vida a la oración tampoco significa disiparse. El hombre de hoy sigue precisando los «baños de silencio» de que hablaba Claudel. Pero no creemos que tales «baños» deban ser de deshumanización, ni que el hombre haya de abandonar sus barros, su gabardina, su alma a la puerta de la oración y acercarse a Dios con una careta arcangélica.

Es preciso volver a las cosas como son: la religión y la vida como una sola cosa. El cristiano ha de aprender a «vivir la oración» y «orar la vida». No sólo «orar en la vida», sino orar la misma vida.

No tener miedo al mundo

Todo esto exige una gran sencillez de alma, una visión sin retóricas de misterios tan limpios como que Dios es nuestro Padre, que Dios se hizo uno de nuestra raza, que

los hombres somos todos hermanos, que todos somos esa cosa maravillosa que es ser hijos.

Exige también no tener miedo al mundo, amar las dulces cosas de la tierra y todo lo de abajo, amar –con terrible amor– esta naturaleza tan pegadiza al pecado. Un cristianismo menos celeste, en suma.

Al pan, pan, y al vino, vino

A las casas se entra por los portales, y el portal de la oración es su lenguaje. La oración –siendo así– tiene el portal bastante desvencijado. Hace poco oí rezar una novena que sumaba un total de cuarenta y cuatro «ísimas»: santísima, dulcísima, purísima... Cuarenta y cuatro, no exagero. Me dijeron que era una novena que daba mucha devoción. «A pesar de los ísimas», pensé. Porque uno, la verdad, no podía menos de sonreír al imaginarse a los novios dirigiéndose a sus parejas con frases de este estilo: «Oh, excelentísima y preciosísima señora novia mía: asomado al espectáculo de vuestra sin par belleza...».

¡Y qué bonita y sencilla fue siempre la oración! «Los viejos salmos –ha escrito el padre Charles– nos hablan de las ranas y de los mosquitos, de la lengua de los perros, del mochuelo y de los asnos salvajes; del queso, del aceite, de la manteca y de la cerveza, de las vacas que paren –*abundantes in egressibus suis*– y de las vainas que se dan de comer a los cerdos. Todo esto no es muy académico, pero el Espíritu Santo no se entorpece con los escrúpulos de nuestros estetas».

¡Y la sublime sencillez de la liturgia! Es hermoso leer esa misa en la que no hay una palabra que no pudiera entender un carretero, siempre, naturalmente, que los traductores fueran tan amigos de los carreteros como de los diccionarios.

¡Qué mala suerte, en cambio, han tenido las demás oraciones! El siglo XVII volcó sobre ellas la maravillosa y complicadísima construcción de sus frases, el XVIII la fríasima sabiduría de sus sabios preceptistas, el XIX la selva de su retórica y mal gusto. El XX no parece haberse inclinado sobre ellas hasta el presente. Y, sin embargo, los hombres que hoy rezamos hemos nacido casi todos en el siglo XX. Y tenemos nuestro lenguaje. Y nuestras manías y nuestros modos de decir las cosas. Un lenguaje bueno o malo, pero nuestro. Unas preocupaciones hondas o superficiales, pero nuestras. Unas esperanzas más o menos sólidas, pero profundamente nuestras.

¿Qué impide entonces que en este siglo aporte su lenguaje a la oración de hoy? Sólo la rutina, sólo una tradición mal entendida.

Malentendida y funesta. Porque quizá en ella se basa, en gran parte, esa extraña sensación que sentimos muchas veces al entrar en las iglesias. En muchos casos el lenguaje que allí oímos es plenamente extranjero y dista del lenguaje corriente poco menos que el checoslovaco.

Las oraciones de Michel Quoist

Ya está dicho por qué traducimos las oraciones de Michel Quoist: porque en ellas encontramos las preocupaciones y esperanzas del hombre de hoy, expresadas con un lenguaje actual ciento por ciento.

Oraciones modernas por lo comunitarias. Quizá nunca –salvo en la liturgia– hemos leído oraciones en las que pesase tanto el prójimo. Casi diríamos que es éste el gran descubrimiento de Quoist: la carga de fraternidad que todas sus palabras llevan, la batalla al egoísmo religioso, la lucha contra una piedad que consuele y atonte en vez de empujar hacia el amor a los demás.

Este descubrimiento del prójimo lleva encadenado el hallazgo del dolor del mundo: una gran zona del mundo sufriente clama en cada una de estas páginas. Y clama sin demagogias ni fórmulas declamatorias; con todo el peso de unos hechos que no precisan comentario. «Todos los casos que en este libro se cuentan –nos dice en una de las notas la edición francesa– son rigurosamente históricos». La nota nos parece interesante, aunque no era necesaria. Quien haya vivido con los ojos medianamente abiertos –en cualquier rincón del mundo– se habrá encontrado docenas de dolores gemelos. Que desgraciadamente no hay fronteras para la amargura. Como no las hay para la Gracia.

Oraciones modernas por su lenguaje: consiste en decir las cosas como son, sin adornarlas, que es una de nuestras características más acusadas. Decirlas casi con desaliño, como las encontraría una mujer de barrio o un dependiente de comercio.

Ésta era –hemos de confesarlo– la mayor dificultad a la hora de traducir este libro. Porque una mujer de barrio española, por ejemplo, habla con sus modismos, y éstos son forzosamente diversos de los usados en una calle parisina. Esto ha hecho que, más que traducirlas, hayamos debido trasplantarlas de boca. El libro que quiere ser rezado por hombres de la calle no podía «saber» a francés. Por ello, hemos optado más por el «sabor español» que por la exactitud matemática a la hora de traducir. Si el lector no encuentra tropiezos a la hora de leer, nos sentiremos felices.

Cuatro partes

Y ahora debemos abrir ante el lector la estructura del libro de Quoist. No porque sea difícil, sino porque siempre vendrá bien una visión de conjunto trazada desde el principio.

En las primeras oraciones –tres solamente– habla Dios. Porque la oración es antes que nada «escuchar». Estamos demasiado habituados a entender la oración como charla por parte del hombre, y hay así –también en lo religioso– más charlatanes que oyentes. Y lo primero es oír. Pero ¿cómo atreverse a inventar las palabras que Dios dirigirá al lector de estas páginas? Quoist lo intenta ¡y con cuánto acierto! Siguiendo la trayectoria de Péguy ha puesto en la boca del Padre palabras infinitamente paternales, infantiles casi. Estamos en la ribera opuesta de ese Dios terrible que muchos imaginan. Quoist le hace hablar en voz baja, con un tono lleno de dulce humor e impresionante cariño. Y es bueno que el lector comience aprendiendo esta lección a través de la boca de Dios: hablar sencillamente, rezar humildemente, con un tono familiar, el mismo con el que decimos «buenos días» o «hasta mañana, Juan».

En la segunda parte Dios sigue hablando, pero ahora a través de las cosas. ¡Si supiéramos ver! ¡Si supiéramos oír! Todas las cosas nos transmitirían esa lección de amor que Dios dejó escrita en todas ellas, todo nos hablaría. A través de pequeñas plegarias, Quoist nos dibuja la pequeña palabra de unas cuantas pequeñas cosas. Pero ¡qué gran libro de oración sería el mundo si supiéramos recoger todas estas infinitas páginas esparcidas por el ancho mundo!

Siguen luego las oraciones en las que el hombre habla de Dios. También aquí la oración nace de la vida, de los sucesos cotidianos, de los dolores diarios. De un amigo encontrado, de un problema entrevisto.

Estas oraciones, digámoslo enseguida, son a veces molestas, «fastidian a algunos» dice el autor en el prólogo a la edición francesa. A pesar de ello nosotros quisiéramos pedir al lector de habla española que sea «lo suficientemente valiente como para no saltarse esas páginas inquietantes a fin de oír las preguntas que a través de ellas Dios querrá plantearle». La oración no puede ser un somnífero

ni una morfina, y si debe conducir a la paz, no podemos confundir paz con modorra. La paz cristiana –esto lo sabe todo el que haya abierto alguna vez el Evangelio– es una mezcla de serenidad y espada. En estas oraciones es la espada quien despunta, no para llevar a la angustia, pero sí a una conciencia más abierta al mundo y a una acción menos complaciente.

La cuarta parte de esta obra intenta iluminar el sentido del camino del creyente. Visto a través de las etapas normales de todo cristiano al principio; iluminado después por el «camino» de Jesús. Páginas todas éstas que llevan hacia la luz, pero sin camuflar un sólo instante las sombras que hacia ella conducen.

Cómo hay que rezar este libro

¿Nos perdona el lector si alargamos un poco más este prólogo para darle unos consejos que le hagan más útil este libro? Seremos breves.

Le recordamos, ante todo, que no ha de leerlo de un tirón, como una novela. Hay en estas páginas oraciones escritas en los más diversos estados de ánimo y evidentemente es necesario sintonizar con estos momentos. Quizá el camino fuese, tras una primera lectura, dejarlo como libro amigo al que se acude de vez en cuando y se busca en los días tristes para leer «tal» oración y en los alegres «tal otra». Entonces alcanzará el lector todo su jugo.

Le advertimos también de que este libro no se cierra con sus páginas. Se trata más de dar modelos de oraciones al lector que de realizarlas todas.

Un tercer aviso: leerlas conectándolas con los textos bíblicos que las preceden. Demasiadas veces hacemos oración alejándonos de la Escritura. Quoiest no procede así, y éste es otro de los méritos de este libro: unas sencillas citas

que, puestas a la altura de la vida de hoy, parecen todas escritas hoy también. Si el lector lograra sentirse vivo dentro aún del mundo evangélico...

Último consejo: leer orando. La oración suele terminar donde empieza, y mal podría concluir en oración lo que comenzó en literatura. O en superficialidad.

Mundo mejor, oración mejor

Y ahora ya únicamente tiene el lector que pasar una página para entrar en el clima de Quoist. Si en las páginas que siguen aprendieran muchos lo sencilla que es la oración, el fruto de este libro estaría conseguido, y sería tan importante...

«Deseamos –escribió Rademacher– un hombre nuevo, una familia nueva, un Estado nuevo, una sociedad nueva, una cultura nueva y una nueva tierra. Pero las realidades exteriores de la vida no pueden renovarse sin que haya una regeneración interior. Sólo cuando hayamos tendido un puente sobre el abismo que separa al hombre de Dios, podremos llenar las otras simas».

Ese puente es la oración y todas las reformas han de empezar por ella. Sólo tendremos un mundo mejor cuando tengamos una oración mejor. Cuando vivamos una verdadera unión con Dios y con los demás hombres, cuando ni un solo dolor del mundo nos resulte extraño, cuando nos llegue a parecer normal ver a Cristo caminando por una de nuestras calles y acercarnos a Él, y decirle: «Hola, Señor, ¿cómo estás?».

... TODA LA VIDA
NOS HABLARÍA DE ÉL

Si supiéramos contemplar la vida con los ojos de Dios, todo en la vida se nos convertiría en signo, nos tropezaríamos con continuos detalles del amor de un Creador que mendiga el amor de su criatura.

El Padre nos ha puesto en el mundo. Pero no para vivir en él con los ojos adormilados, sino para ir buscando sus huellas en las cosas, en los acontecimientos, en la gente. Todo nos debe hablar de Dios.

No se nos exigen largas oraciones para ir sonriendo a Cristo desde los más pequeños detalles de nuestra vida de cada día.

Las páginas que siguen quisieran aportar algunos sencillos ejemplos de este paso del amor.

EL TELÉFONO

Acabo de colgar. ¿Para qué me ha llamado?
Ah, ya, Señor, entiendo.

He hablado demasiado y no he escuchado nada.

Perdóname, Señor, he soltado mi rollo y no he dialogado.
He impuesto mi idea y no la he intercambiado.
Y como no he escuchado, no he aprendido nada.
Y como no he escuchado, no he aportado nada.
Y como no he escuchado, no hemos «comulgado».

Perdóname, Señor, porque yo estaba «comulgando»
y ahora estamos –sin comunicación– desunidos.

PIZARRAS VERDES

La escuela es último modelo.
El director, muy ufano, me la muestra explicándome hasta los más pequeños detalles de su equipamiento.
El mejor invento son las pizarras verdes.
Los técnicos han estudiado largamente el asunto, han llevado a cabo un montón de pruebas.
Y ahora sabemos que el verde es el color ideal, que no cansa la vista, que serena y relaja.

Y al verlo, Señor, se me ocurría que tú no has tardado tanto en pintar de verde las praderas y los árboles.
Tus laboratorios han funcionado a la maravilla, y para que no nos aburriésemos, ¡qué variedad de verdes has dado a tus praderas «modernas»!

Y sonrío al pensar que los «descubrimientos» de los hombres se reducen a descubrir ahora lo que tú has descubierto desde la eternidad.
Te agradezco, Señor, que seas el buen Padre de familia que deja a los pequeños la alegría de ir descubriendo ellos solos los tesoros de su inteligencia y de su amor.
Pero líbranos de creer que esas cosas las estamos inventando nosotros al hallarlas.

LA TELA METÁLICA

Los alambres se chocan la mano entre los agujeros.
Para no romper el corro aprietan con fuerza la muñeca del
vecino
y es así como, precisamente con agujeros, hacen una
barrera.

Señor, son incontables los agujeros de mi vida, tampoco
faltan en las de mis vecinos.
Pero si Tú lo quieres nos daremos la mano,
nos ataremos fuerte
y juntos formaremos una tela metálica que te sirva al-
gún día para adornar tu Paraíso.

EL PISOTÓN

Un hombre me ha pisado.
Lo miro con rabia.
Él, con resentimiento.

Pero luego he pensado que no fue para odiarnos
para lo que tú has hecho que él y yo nos cruzáramos.
Sus ojos han llamado a la puerta de mi alma. Le abriré
sonriendo.

Y sonrío.
Y sonrío.
Y con este apretón de manos me nace un nuevo amigo.

¡Ah, cuánto te agradezco este encuentro, Señor!